

LA ÚLTIMA DE LAS SABINAS



PABLO
CILLO

La última de las Sabinas

La última de las Sabinas

Pablo Cillo

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prefacio

Mapa de la Isla

I - La ciudad y la isla

1. Despertar
2. Consultorio
3. Radio
4. Primeros pasos
5. Cazador cazado
6. Un joven
7. Río
8. *Liberación femenina*
9. La doctora
10. Persecución
11. *El despertar de las mujeres*
12. Entrevista
13. Debut infernal
14. *The Wall*
15. Cambio de vida

II - Las salvajes

16. Volver a andar
17. Alguien como yo
18. *Maquinaria obsoleta*

19. Campamento
20. Nuevas reglas
21. Primera misión
22. La Isla
23. *Distopía*
24. Asamblea
25. Curando las heridas
26. *Fecha de vencimiento*
27. Pantano
28. Al rescate
29. *Inspiración*
30. Del Amor

III- La aldea

31. Nuevo comienzo
32. Orígenes
33. *Castas*
34. Camino a la aldea
35. Marta
36. El profesional
37. Mercenarios
38. *Escaramuza*
39. La temporada de caza
40. Brío (Día 8, madrugada)
41. *El fin de la familia*
42. Dieta revolucionaria
43. Algunas diferencias
44. *La última entrevista*
45. Algunas dudas

IV- La huida y el bosque

- 46. Entrenamiento
- 47. La Salvaje
- 48. *Gato y ratón*
- 49. Dilema
- 50. El arte de la cacería
- 51. Escorpión y rana
- 52. Fiesta
- 53. *Los Últimos Hombres*
- 54. Ermitaño
- 55. Una noche en el bosque
- 56. *Delicias de la convivencia*
- 57. Cascada
- 58. Hijo de la selva
- 59. *La más peligrosa igualación*
- 60. Hándicap

V- La guerra de las cautivas

- 61. La vida en sociedad
- 62. Bizarro triángulo amoroso
- 63. *Una locura*
- 64. Tocar fondo
- 65. Las armas
- 66. Perverso fantasear
- 67. Misterio trinitario
- 68. *El tamaño del océano*
- 69. Enemigos de la revolución
- 70. Potlach
- 71. *Meditaciones oceánicas*
- 72. Revancha

- 73. Señora de la guerra
- 74. *Actúo, luego existo*
- 75. El gran cazador

Epílogo

- I. Reconocimiento
- II. Reconciliación
- III. Resistencia

Cillo, Pablo
La última de las Sabinas / Pablo Cillo. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2020.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-609-765-9
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Pablo Cillo
© 2019, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.
Charlone 1351 - CABA
Tel / Fax (54 11) 4552-4115 / 4551-9445
e-mail: info@dnxlibros.com
www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas
Corrección: Mónica Piacentini
Diseño de tapa: Leo Perrotta
Diseño de mapa: Marcela Rossi
Diagramación interior: Dumas Bookmakers

Primera edición: marzo de 2019

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-765-9

A Lila y Silvana

Prefacio

Esta historia puede ser interpretada como la narración de meros hechos ficticios que nunca podrían suceder en la realidad. Otra posibilidad sería considerarla como una narración realista, la descripción de una situación que, más allá de los detalles circunstanciales, podría estar sucediendo en este mismo momento sin que lo sepamos. Una tercera posibilidad –que no anula a las anteriores–, es comprenderla como una metáfora de la lucha de las mujeres a lo largo de la historia por liberarse del yugo impuesto por una cultura creada por y para los hombres.

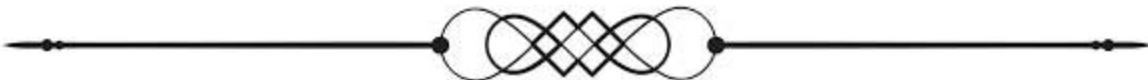
Más allá de cómo se interprete el relato, es innegable que sin la marca indeleble que dejaron en mí las mujeres que conocí, esta historia sería imposible. A todas esas mujeres de fuerte carácter y firmes convicciones les debo mi inspiración, de allí que haya elegido sus nombres para los personajes de esta novela como un homenaje a su lucha cotidiana; aunque, resta decir, ¡eso no significa que se parezcan literalmente!

Pablo Cillo

Buenos Aires, 10 de noviembre del 2018

Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los varones como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo más fino, más frágil, más salvaje, más prodigioso, más dulce, más lleno de alma, como algo que hay que encerrar para que no se escape volando.

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. §237

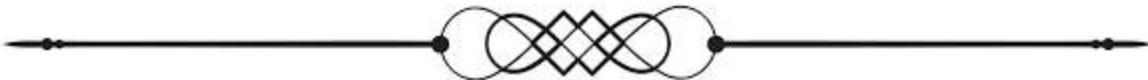


... la feminidad es una puta hipocresía. El arte de la servilidad.

Se le puede decir seducción y transformarlo en algo glamoroso.

Solo es un deporte de alto nivel en muy pocos casos. Masivamente, tan solo es acostumbrarse a portarse como una inferior.

Virginie Despentes, *Teoría King Kong*.

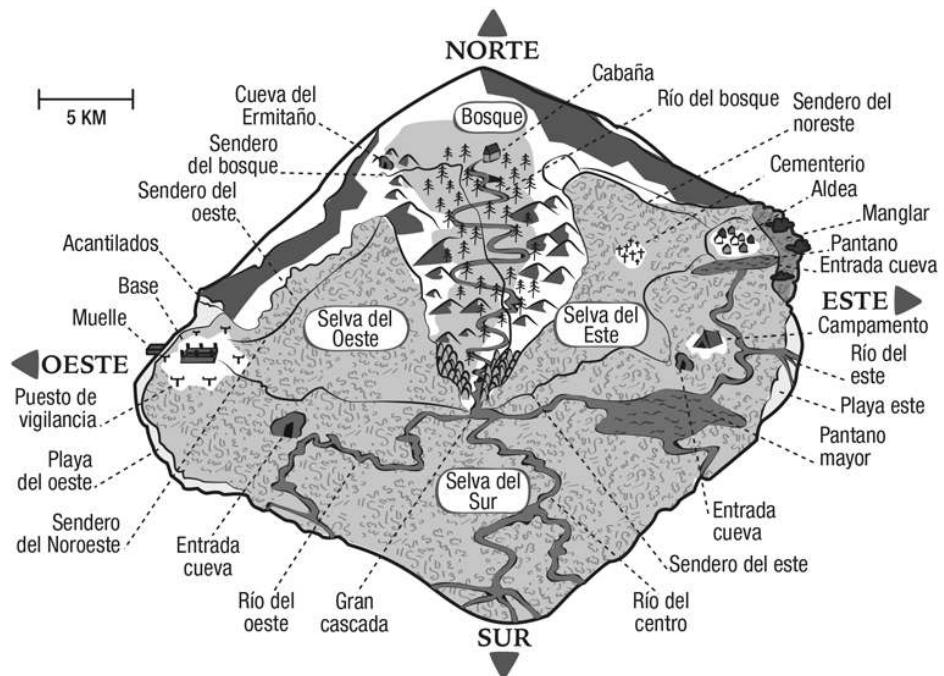


Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo.

Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, §146

Mapa de la Isla



I - La ciudad y la isla

1. - Despertar (Día 1)

Sintió una superficie porosa y un sonido constante. El aroma del aire era intenso. La frescura se combinaba con el ardor. Todo era confusión. Todo era desbordante. Luego hubo un destello. La luz se abrió paso a través de la oscuridad. Una fuerza brotó en su interior apoderándose de sus extremos. Eso provocó movimientos involuntarios que pronto encontraron resistencia. Se dio cuenta de que sus manos estaban atadas y su cabeza tapada. Había despertado.

A veces sucede un fenómeno peculiar cuando despertamos: durante un breve instante no recordamos quiénes somos. Al percibir nuestro entorno habitual, rápidamente cargamos el resto del sistema, y los recuerdos recientes se agolpan dando forma a nuestra cotidianidad. Pero ese no era su caso, ya que una vez consciente, ella supo que el sonido, el sabor y el aroma eran los del mar, y que estaba recostada sobre una playa, maniatada, con una capucha en la cabeza. Nada más. Difícilmente podía en ese momento recordar quién era, porque una pesadilla se hacía pasar por su realidad.

Apenas sus extremidades respondieron, intentó zafarse de las ataduras, y era tan ciego ese deseo que todavía no se había hecho la pregunta esencial. Sus manos tenían precintos y sus piernas, aunque sueltas, no estaban listas aún para andar. Se sintió impotente y por un momento desistió. Entonces se preguntó quién la habría llevado hasta allí y por qué la había dejado en esas condiciones. Seguramente la habían drogado, pero con qué. Su cuerpo

entumecido indicaba que había estado inconsciente bastante tiempo. Era inútil seguir pensando, necesitaba liberarse. Y ese era su próximo objetivo.

Se concentró en los músculos del vientre. Con las manos atadas detrás de la espalda se hacía difícil flexionarlos, así que comenzó probando con movimientos cortos. A medida que los músculos respondían, intentó desplazarse hacia atrás presionando el rostro sobre la capucha, contra la arena, para poder descubrir su cabeza. Cuando lo logró, sus ojos se abrieron imprudentes y la luminosidad la cegó. Después de ese esfuerzo, las preguntas la sumieron otra vez en la oscuridad. Unas lágrimas brotaron. El mar continuaba rompiendo contra la playa como una interferencia incesante. Debía reponerse. Debía liberarse para averiguar dónde estaba.

Intentó ocupar su mente en algo productivo y empezó a reconstruir sus recuerdos. Tenía presente la sesión con un paciente, la charla posterior con su pareja y la entrevista a la cual había asistido después. Se dio cuenta de que llevaba puesta la misma ropa que vestía ese día. Los recuerdos se volvieron confusos; recordaba el camino de regreso a su casa, e inmediatamente después, todo lo conducía al presente.

Volvió a abrir sus ojos y pudo distinguir el contorno de una playa. Inclinó su cuello y vio la espesa jungla más allá. Empujándose torpemente con sus antebrazos y piernas, avanzó reptando. El reflejo del sol en la arena le molestaba. En algún momento pensó en gritar, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Tampoco creyó que fuese lo mejor exponerse en esa situación sin saber con qué se podría encontrar. Tenía que apartarse de la playa donde cualquiera podía verla.

Siguió reptando. Unos minutos más tarde sus piernas le ardían, y sus brazos y abdomen estaban extenuados, pero los músculos de sus piernas habían ganado tonicidad, por eso decidió erguirse sobre sus rodillas. El movimiento era

complicado, pero le permitiría ir más rápido. Primero trabó la cabeza en la arena e intentó levantar la cadera apoyándose sobre sus rodillas. Le costó un par de intentos, pero una vez que lo consiguió, luchó para mantener el equilibrio haciendo ajustes con el abdomen. Se arrastró como una penitente, cayéndose por no poder separar las manos, hasta que un rato después alcanzó la jungla. Apoyó su hombro contra una palmera y descansó. Sus ojos pudieron abrirse por completo. La selva era tan profunda como la sorpresa de quien la contemplaba.

Buscó sin éxito alguna señal. Esperó escuchar algo, pero solo los murmullos de la espesura rompían el silencio entre ola y ola. La soledad del lugar era desesperante, aunque no tanto como su sed. Le hubiese gustado tirarse al mar para que brazos gentiles la llevaran a su hogar, pero sabía que eso era imposible. Se concentró en el interior de la selva; tenía que adentrarse en ella para refugiarse del sol y buscar agua, pero no podía hacerlo arrodillada. Tenía que caminar.

2. - Consultorio (lunes 8/12/2008 - 18:15 hs)

En nuestra época se vive de un modo particular, todo es una caza constante de mercancías, dinero o información; unos venden, otros compran, unos controlan, otros producen y más consumen; ya no se cazan presas vivas, sino cosas cada vez más muertas. Eso alteró nuestras miserias, y así como antes teníamos dioses, ahora tenemos psicólogos, médicos y drogas, muchas drogas en las que ahogar los costos de la cacería.

Son las seis y cuarto de la tarde, después de un día voraz en la ciudad, él llega a la cita con la impuntualidad que lo caracteriza. Está vestido con un ambo gris italiano y una camisa blanca. Con cada paso despidе el penetrante olor a perfume importado utilizado en exceso. Desde su bolsillo suena una orquesta, alguien lo llama, pero él no atiende. Toca el timbre y lo recibe la esbelta doctora vestida con pollera negra, camisa blanca y el pelo atado. Se saludan fríamente dándose la mano, ella lo invita a pasar, él recorre el pasillo que oficia de purgatorio, sintiendo que una vez cruzada la puerta del consultorio estaba dentro de la trampa.

La habitación es cuadrada y pequeña, del lado de la puerta de entrada hay un cuadro con una figura femenina dormida sobre telas color púrpura. En ambas paredes laterales hay dos bibliotecas enfrentadas, una con libros de literatura, enciclopedias y libros de arte; la otra con libros de medicina y un archivo. Frente a la puerta de entrada un enorme ventanal; en el centro de la habitación un escritorio pequeño que se erige como una frontera insondable; entre

el mueble y la puerta de entrada, dos sillones; y entre el escritorio y el ventanal, el sillón de la doctora.

El hombre ingresó primero y su paso ya no era el mismo, ahora se había vuelto torpe e inseguro, como si no supiese cuál era su lugar o qué rol adoptar; también había cambiado su semblante, la mirada altiva había desaparecido detrás de otra desconfiada. El sol de la tarde de verano cortaba la habitación en dos planos, él sintió su luz como el reflector de un interrogatorio, por lo que se sentó en el sillón de su izquierda donde esta no lo alcanzaba. La doctora ocupó su sillón y su sombra se desplegó a lo largo de la habitación, tomó la libreta del escritorio y la abrió en el punto donde estaba el señalador.

Las notas que tomaba en las primeras citas eran esenciales, apuntaba la problemática general del paciente y su primera idea respecto de las características de su personalidad. En el caso del hombre sobresalían una serie de términos subrayados: narcisista, obsesivo, ¿rasgos psicopáticos? Diana sentía rechazo por este tipo de personajes, pero al mismo tiempo tenía un interés particular en ellos, porque se hallaban en una zona fronteriza en la que el tratamiento encontraba resistencias que ponían a prueba las capacidades del profesional.

Solo le faltaba la lapicera, sin ella se sentía desnuda. Mientras buscaba en los pliegues de su asiento, el hombre rápidamente se levantó del sillón, la tomó del escritorio y se la entregó con una sonrisa, marcándole que siempre estaba alerta. La doctora puso una mirada seria, le agradeció, y comenzó el diálogo mirando de tanto en tanto sus anotaciones.

—Damián, después de nuestro primer encuentro, repasemos lo que me explicaste para ver que pensás hoy al respecto. Me dijiste que sos feliz y que no tenés ningún problema. Te sentís cómodo con lo que hacés, pero a veces te sentís muy mal sin motivo, por lo cual me pedís un poderoso antidepresivo. Te pregunté a qué te dedicas, y me

dijiste que a embaucar gente todo el día. Te pregunté a qué te referías con eso, me decís que sos infiel y que trabajás para corruptos. Te pregunté si realmente te sentías cómodo con esa situación, y me respondiste que nunca te comprometés con los problemas de trabajo y mucho menos con las mujeres que no son tu esposa; también afirmás que ella nunca se entera, y que la amás y la respetás mucho como para lastimarla. Luego me dijiste que, aunque sabés que trabajás con corruptos, respetás su capacidad para imponerse a todo lo que les pasa. Te pregunté si querías imponerte a lo que pasa a cualquier precio. Me dijiste que sí. Entonces terminamos la sesión con la siguiente pregunta: ¿por qué querés que te recete, si vos podes conseguir el medicamento ilegalmente sin ningún problema? Quedamos en que era necesario volver a vernos para replantear el tema desde esa pregunta. ¿Qué pensaste de todo esto?

El “cazador” se había despojado de su investidura, en ese momento era simplemente Damián, arrinconado por el dispositivo terapéutico. Siempre le había molestado ir al médico, pero nunca antes un profesional lo había interpelado de ese modo, así que estaba confundido. Se sentía como si lo hubiesen atrapado robando una billetera. Echó mano de los recursos que utilizaba en su trabajo, y se mostró como un tipo sobrio.

—Diana, para mí la respuesta es fácil, yo recurré a vos porque me importa mi salud, no quiero perder el control, no poder dormir, o lo que es peor, volverme impotente. Quiero tener un control total sobre mi cuerpo y mi mente, y para eso necesito tu ayuda.

—A ver, Damián, te pido que te detengas en lo siguiente: evidentemente hay causas para que sientas ese malestar anímico; si en vez de indagar en ellas yo te doy pastillas para tapar el síntoma, cuando finalmente salga a la luz lo que estás reprimiendo, y créeme que eso va a pasar, va a ser mucho más dañino para vos y tu entorno. Te pido por

favor que nos tomemos un tiempo para pensar. Creo que por eso has llegado hasta acá.

Damián estaba cada vez más complicado, su argumento parecía endeble frente al de la doctora, así que no le pareció mala estrategia invertir roles, ponerse en el lugar de la víctima y dejar a la doctora ser la cazadora.

—Creo que en nuestra última sesión fui un poco impreciso, digamos que estaba a la defensiva, nunca había pasado por el banquillo de los acusados.

—Nadie te acusa de nada. ¿Estás esperando que te acusen? Es posible que el que quiera acusarse seas vos... Para que podamos comprender mejor lo que te pasa, es necesario que lo expreses, y así vamos a llegar al núcleo del problema.

La doctora no va a retroceder, pensó Damián; ella sabía cuál era el punto débil y no iba a dejar de explotarlo. Entonces se dijo a sí mismo que era necesaria una nueva estrategia: si ella quiere carroña, facilitémosle la tarea, vamos a inventar algunos fantasmas a ver si se pone contenta.

—Ambos sabemos cuál es el problema, en un día de trabajo debo cambiarme de máscara mil veces: primero soy un audaz defensor de las leyes, luego hago trampas de todo tipo para evadirla, acto seguido me hago el bueno con un cliente, el malo con un abogado adversario, en el medio intento seducir a alguna colega; en fin, miento, seduzco, invento, simulo, extorsiono, apelo, trabo, embargo, divorcio y podría seguir así indefinidamente sin que salga una buena... Ya es difícil pensar cuando perdí la culpa o sí alguna vez la tuve. ¡Confieso todos mis pecados! Elegí una ocupación que me permite explotar mis virtudes, y creeme que tengo talento para todo eso. Yo quiero vivir bien, ¿eso está mal? La verdad es que no me falta nada, es más, me sobra. Solo tengo que ajustar un par de variables. Por eso te pido ayuda.

—Me contaste un día en tu vida, ¿qué pasa a la noche cuando llegás a tu casa?

—Bueno, ese es otro tema. También tengo mis debilidades, no podía seguir en casa el ritmo del trabajo, así que elegí una mujer en la que puedo confiar. A ver si me explico, mi mujer me gusta, la amo y estoy seguro que es la mujer de mi vida, pero no la elegí por eso sino porque es una persona transparente. Todo el tiempo lido con gente inescrupulosa como yo; como cada vez estoy más cerca del tope de la cadena alimenticia, aumentan las presiones y es más peligrosa la gente con la que trato. Pero tampoco me queda tiempo para culpas; no me puedo equivocar, un error sería desperdiciar mi esfuerzo y también el de mi esposa. Estoy jugando al límite, necesito una mínima ayuda para seguir el ritmo del trabajo, pero no necesito solo palabras, sino algo que me saque de los malos momentos, y lo necesito ya. Yo me comprometo a venir cada vez que pueda, Diana, pero a la medicación la necesito ya.

—Vos me planteás que nada se puede modificar. ¿Estás tan seguro o es un argumento más para que te dé la receta?

A cada argumento, Damián se sentía más cerca del abismo, pero todavía había muchos argumentos en su arsenal. Pensó que sería buena estrategia para ablandar a la doctora apelar a su solidaridad de género, interponiendo a su mujer en la problemática.

—Mirá, mi mujer y yo somos gente con un tren de vida muy costoso. Y para mantener todos nuestros bienes hay que seguir haciendo dinero. Así que no creo que ella esté dispuesta a arriesgarlo todo por mis angustias. Digamos que me apoya si tengo el aval de un médico. A decir verdad, ella me mandó con vos.

—A ver si entiendo bien: ¿a vos te parece que tu mujer estaría dispuesta a que te dé una medicación fuerte que puede poner en riesgo tu salud mental para mantener el estilo de vida de ambos?

—No, no. Yo no digo eso. Mi mujer también tuvo sus malos momentos e hizo exactamente lo mismo. Salimos adelante juntos con la ayuda de un terapeuta. Ahora ya no lo ve más, hace yoga, está relajada; no veo por qué yo no podría hacer lo mismo. La terapeuta que le tocó a mi mujer era más grande que vos; la medicó sin hacer tanto problema, fue por seis meses, y salió todo bien.

Diana ya comenzaba a enojarse y pensaba: este energúmeno ¿quién se cree que es? No me va a doblegar con un argumento tan trillado.

—Vos pensás que tomarnos un tiempo antes de medicarte es un indicador de mi falta de experiencia. Te voy a explicar cómo son las cosas: si yo te medico y vos, por ejemplo, no usas bien la medicación y tenés un accidente o un intento de suicidio, lo que está en juego no es solo tu vida sino también la mía, porque te podrás imaginar que si me sacan la matrícula pierdo mi medio de subsistencia; así que antes de cualquier decisión vamos a evaluar la situación todo lo que sea necesario. Es eso o te derivo. Esas son las reglas del tratamiento que te puedo ofrecer.

No dio resultado, esta mujer parecía que no se detendría con nada, pensó Damián. También pensaba qué diferente sería todo si ambos estuviesen fuera de ese dispositivo artificial que la ponía a ella por sobre él. Como le gustaría invertir roles con esa doctorcita, examinarla, arrinconarla. No obstante, sabía que no podía dejarse llevar por esas sensaciones, no podía dejar que una mujer lo desarme tan fácilmente. Mientras tanto ella seguía desplegando su tejido.

—Según me dijiste, tus episodios no son constantes ni graves. Me dijiste que te deprimís, o que te agarran ataques de ansiedad, y eso puede llegar a perjudicarte en tu trabajo. Tener esos episodios de vez en cuando no es grave; es más, si estás bajo presión constante, es lo normal, así que no veo por qué querés que te prescriba una medicación tan fuerte.

Lo que me parece más grave que esos episodios es tu deseo de taparlos.

—¿Qué más querés saber? —respondió Damián tajantemente, con rostro de enojo, como un animal encerrado—. ¿Si me siento un poco o muy culpable? Yo que sé, lo que realmente siento es que esto me corre de eje, no veo cómo me pueda ayudar... Pero hay algo que estoy seguro, los psicofármacos sí pueden hacerlo.

—¿Y cómo lo sabés? —respondió tajante la doctora, mientras se deleitaba viendo cómo el animal narcisista presentía que le iban a hacer deponer sus armas.

Sin pensar mucho, Damián respondió: —Porque los probé. ¿Cómo pensás que hice para salir delante de las crisis anteriores?

—Me dijiste que no tomabas nada regularmente, ¿por qué me mentiste?

—Pensé que si creías que era algo menor me ibas a recetar sin tanto lío.

—Entonces vuelvo a la pregunta principal, si ya estás tomando medicación, ¿por qué recurris a mí?

3. - Radio (lunes 8/12/2008 - 20:00 hs)

Ese día Julián sintió que lo tenía todo: una bella y exitosa pareja con la que tenía grandes planes y una beca de estudio con la cual preparar su doctorado, que le permitía leer, e inclusive le quedaba tiempo para escribir otras cosas además de su tesis. Hacía poco tiempo habían publicado su primer ensayo, al que no le iba nada mal en las librerías. Es cierto, la plata no le sobraba, pero eso no importaba ya que a su pareja le iba mucho mejor que a él en ese aspecto. De hecho, ese había sido el motivo de una rencilla justo antes de salir para la radio, porque esa noche estaría dando su primera entrevista, lo que vivía como un gran éxito. Le molestaba discutir con Diana, y aún más le molestaba hacerlo cuando parecía que todo iba bien.

Esa noche, mientras él iba a la radio, ella viajaría a Mendoza para ayudar a un renombrado doctor. No podía entender por qué habían discutido por cosas tan menores. Quizás estaba un poco celosa de su repentino éxito y seguramente lo llamaría para reconciliarse desde la provincia al otro día. Aunque no era una persona optimista, sentía que no podía irle mejor, así que, repleto de confianza, se encaminó a tomar el subterráneo.

Después de un breve viaje, salió a una estrecha calle céntrica y se dirigió a un edificio antiguo. Luego de esperar unos instantes, vio bajar por las escaleras a un muchacho joven que lo acompañó al estudio y le presentó a quienes lo entrevistarían: Marina y Maximiliano.

Los tres se sentaron, acomodaron sus micrófonos y la luz roja se prendió indicando que estaban al aire.

—Como habíamos prometido, tenemos hoy con nosotros al licenciado Julián Zweifel, que ha publicado un libro que está dando mucho que hablar y que se llama *Nuevo mundo*:

el despertar de las mujeres. El título es tentador y parece sacado de una esas sagas de literatura para adolescentes que tanto abundan; sin embargo, se trata de una investigación sobre los límites de la sociedad actual. A diferencia de lo que sucede en aquellas novelas adolescentes, el título no es un simple ornamento sino que realmente habla de lo que promete, de un nuevo mundo que surgirá en el futuro, y del rol central que en él tendrán las mujeres. Julián, ¿cómo surgió esta investigación? —abrió Marina.

—Buenas noches a todos. La idea surgió casi por necesidad. Estaba trabajando en una tesis en la que analizo cómo afectó al noroeste argentino los cambios que implicó la globalización en las últimas décadas, y para hacerlo, recorrió varios pueblos y ciudades donde me encontré con una realidad que desconocía: la desaparición de algunos trabajos manuales y el incremento de la oferta laboral en el sector de los servicios. Con esto, en muchos de esos lugares casi las únicas que trabajan son las mujeres, porque son las que mejor se adaptaron a ese sector. Ellas fueron liberadas como mano de obra por el capitalismo, pero continúan sojuzgadas por el régimen patriarcal. Cuando terminé mi tesis de licenciatura, empecé a trabajar sobre un ensayo que no solo describe el presente sino también lo que pasará si todo sigue así, y qué actitud tomarán las mujeres al respecto.

—¿En qué punto de la historia pensás que nos salimos del camino más lógico y empezamos a desbarrancar? — preguntó Maximiliano.

—Yo diría que desde el primer momento, porque en vez de cooperar, siempre tendimos a luchar. Como bien señaló Marx, la historia de nuestra especie es el escenario de una lucha brutal entre clases opuestas: al principio, la lucha fue entre los humanos primitivos y el resto de las especies; luego, entre el Homo Sapiens y el Neanderthal, o entre la cultura paleolítica y la neolítica. Al surgir las ciudades, y la

concentración del poder y las riquezas, aparecieron las religiones, los imperios y las clases sociales. Desde que el ser humano existe como tal, existe el conflicto, lo que ha cambiado es el escenario en el que este se desarrolla.

—¿A qué tipo de conflictos te referís? —preguntó Marina.

—Hace unos miles de años ya existían las diferencias entre esclavos y hombres libres, entre aquellos que tenían acceso al agua potable o al alimento almacenado y quiénes no. Esos fueron los primeros conflictos que aparecieron con la sedentarización. Conflictos por la tierra y distintos recursos. Antes de eso nos limitábamos a ser cazadores y recolectores, pero la división entre el trabajo de hombres y mujeres ya existía, de modo que la tensión entre clases diferenciadas de la sociedad con intereses y modos de ver el mundo distintos son bastante más viejas que el resto de las diferencias sociales como las de clase, económicas, políticas, etc.

—¿Y qué pasa en la actualidad? ¿Cómo se relaciona todo este proceso que describís con tu tesis?

—En la actualidad, el norte (europeo o americano) se opone al sur, y las naciones industrialmente desarrolladas se oponen a las atrasadas. Las clases propietarias de los medios de producción y aquellas que son funcionales a sus intereses se oponen a las clases trabajadoras. Uno podría seguir así hasta el infinito, sin embargo, todas estas oposiciones que damos por sentadas funcionan sobre una subordinación primordial que es condición de posibilidad de todas las posteriores. Antes de dominar a la naturaleza en general, al lenguaje, a las distintas técnicas o a su vecino, el hombre debió sojuzgar a un ser que era a la vez tan distinto como parecido a él: la primera clase universalmente sojuzgada por el hombre fue la femenina.

—¿A qué te referís con sojuzgar? —preguntó Marina.

—En casi todos los lugares y en toda época de la historia el hombre se aseguró de que el poder de la mujer no excediese el fuero hogareño. Sojuzgar, hablando en general,

remite a la limitación del desarrollo de la mujer al mundo del hogar y la familia, lo que al mismo tiempo permitió al hombre construir un mundo violento en el campo público.

—Bueno, pero hoy la situación no es la misma —salió al ruedo Maximiliano—, hoy la mujer tiene el mismo lugar que el hombre en la esfera pública, al menos en los países desarrollados.

—Eso es relativo, pero suponiendo que fuera así, la razón es que el capitalismo hizo titubear la estructura tradicional porque necesita a las mujeres como fuerza de trabajo. Ellas finalmente salieron del fuero privado al público, pero esa fue una victoria circunstancial. Todos sabemos que la mayoría de las mujeres que trabajan, además de encontrar más límites que sus pares masculinos, también deben ocuparse de la casa y la crianza de los hijos. Lejos de abandonar esas vitales responsabilidades para la especie, la mujer no hizo más que sumar otras de acuerdo a las necesidades del todopoderoso nuevo ídolo: el capital. El actual sistema necesita a las mujeres como mano de obra barata para contrapesar las presiones de los trabajadores masculinos, tanto como para ampliar las posibilidades de producción y consumo.

—Julián, hasta acá no dijiste una sola palabra que marxistas y feministas no hayan destacado antes... — deslizó Marina.

—Sí, así es. La diferencia es que las feministas toman posición en el conflicto, y yo no lo puedo hacer del mismo modo; me limito a describir una situación y a postular qué es lo que posiblemente sucederá en el futuro de acuerdo a ciertas evidencias.

—Es bueno saberlo. Vos no tomás posición del mismo modo...

—Marina, yo no puedo escribir como una mujer porque no lo soy, lo que sí puedo hacer es relacionar la lucha de las mujeres, como la desarrollaron las feministas, con otras anteriores, como las desarrolladas por el marxismo, y ver

qué es lo que puede suceder en el futuro. Si me preguntás a mí personalmente qué posición tomo, te diría que aquella más provechosa para la especie, la que suponga el interés de la totalidad. Como las mujeres son hoy las más perjudicadas, opto por ellas. Pero mi objetivo no es tomar posición, sino buscar la verdad, así que debo dejar de lado la especulación sobre cómo el mundo debería ser, cuestión ya analizada por muchos filósofos (entre ellos varias feministas), para analizar cómo el mundo será realmente.

—¿Qué conclusión sacaste de la comparación entre la lucha de las mujeres con otras? —preguntó Marina con cara de desconfianza.

—A lo largo de la Historia distintos grupos humanos han sido sojuzgados, así fue con los cristianos y los judíos que hoy forman parte de los grupos dominantes. Las peleas no son siempre las mismas ni terminan siempre igual, sin embargo, las mujeres no son una minoría como fueron los cristianos, al menos al principio, o los judíos, sino que conforman un conjunto mayoritario que sigue siendo el más explotado. Mi conclusión es que eso no puede durar para siempre.

—Bueno, querida audiencia, se nos va acabando el programa de hoy. Julián, lo que planteás es más que interesante, pero hoy no tenemos más tiempo, queda en pie una futura invitación, si te parece —lanzó Maximiliano con el típico tono del conductor corrido por sus horarios.

Cuando Julián salió del edificio se dejó arrastrar por la noche y el estado de algarabía. Tanto que no reparó en que Diana no le había mandado un mensaje avisándole de su arribo a Mendoza.

4. - Primeros pasos (Día 1, tarde)

Apoyando el hombro sobre la palmera y mirando hacia la playa, Diana comenzó la ardua tarea de pararse. Primero se puso en cuclillas; sintió que su cuerpo pesaba toneladas y tuvo que volver a arrodillarse. Intentó un par de veces más. Se reirían de mí en el gimnasio, pensó, tanto tiempo invertido en la tonificación, y ahora que los necesitaba, todos sus músculos fallaban. Finalmente logró mantenerse un rato en cuclillas, solo le faltaba erguirse. Tenía que evitar caer, así que el movimiento implicaba primero separar su hombro de la palmera y, sin perder el equilibrio, estirarse para volver a tomar apoyo en la planta una vez que estuviese parada. Respiró hondo y se estiró. Permaneció unos minutos en esa posición hasta que probó mantenerse en pie sin el punto de apoyo.

Se alejó tan solo medio paso de la palmera e intentó mantener la verticalidad. Le costó. Tener los brazos atados le impedía usarlos para balancearse. Por momentos debía mover sus pies para mantenerse parada. Probó permanecer en el lugar erguida unos instantes, luego volteó y, una vez frente a la selva, se preguntó hacia dónde ir. Todavía podía ver la playa entre el follaje, pero se daba cuenta de que si avanzaba un poco más, ese punto de referencia desaparecería. Se propuso ir siempre hacia delante, con el sol de frente. Aunque era un criterio bastante precario para orientarse en la selva, en ese momento eran otras las prioridades.

Envalentonada por su nuevo modo de andar se adentró en la selva. Los primeros pasos fueron sencillos, pero luego la pendiente hizo su trabajo, ella se desestabilizó, quiso mantener la verticalidad corriendo uno de sus pies, pero falló. Inmediatamente sobrevino el tropiezo; estiró su codo

para apoyarse contra un árbol pero no llegó, y se desplomó aparatosamente sobre el follaje. No le dolió tanto, pero el trabajo de volver a pararse le resultaba agotador. Repitió la operación, esta vez en un terreno más inclinado, mientras contemplaba el espesor de la selva buscando hacia dónde avanzar.

Logró pararse, pero siguió de cerca los árboles porque temía volver a caer. A medida que avanzaba buscaba referencias: rastros de gente, agua o algún objeto afilado para cortar los precintos. No tenía otra forma de saber la hora que orientarse mirando el sol, aunque a medida que caminaba, y este se movía, se daba cuenta de que pronto estaría perdida en mitad de la selva. La presión que los precintos ejercían en sus muñecas las había magullado al punto que el roce le resultaba insopportable; para equilibrarse al caminar debía mover constantemente sus brazos, lo que hacía doloroso cada paso. En ese momento, la sed ya era mucha y en la playa tampoco encontraría agua potable, así que adentrarse en la selva parecía inevitable. El camino iba en leve ascenso y estaba poblado de palmeras, helechos, enredaderas y una variada gama de plantas de hojas anchas y un verde profundo, mientras que el suelo esponjoso exudaba un intenso olor a tierra húmeda.

Luego de caminar unos cuantos metros dejó de ver la playa. La vegetación selvática era más densa de lo que parecía. No había un camino, pero entre la espesura se abrían túneles que la convertían en un inquietante laberinto. Diana caminaba con paso torpe pero constante. El ruido del mar fue reemplazado por los murmullos de la selva, el canto lejano de bandadas de pájaros y el viento corriendo entre las ramas. Al llegar a un recodo, en el tronco de un árbol de grandes raíces divisó la punta de una piedra que sobresalía ofreciendo un filo contra el que podía friccionar los precintos. Con mucho cuidado, Diana calculó el punto justo en el que dejar caer sus rodillas para luego girar y que sus manos quedasen expuestas al borde.

Cayó en el lugar indicado, se acomodó un poco moviendo sus caderas en el piso y comenzó a frotar el primer precinto contra el filo. La tarea era dolorosa y no podía ver si daba resultado, en ese momento, aprovechando que se había detenido, una nube de mosquitos que la seguía con actitud expectante se agolpó alrededor suyo. Mientras frotaba incesantemente el plástico contra la roca, los mosquitos atacaron sus partes descubiertas. El trabajo no daba resultado, los precintos eran duros, los mosquitos no paraban de picar y el escozor iba en aumento. Las gotas de sudor caían gruesas de su rostro extenuado. Pensó que se iba a destrozar las muñecas, pero que a la larga el plástico tenía que ceder.

Lamentablemente la operación llevaba más de lo previsto, y ella estaba sedienta y cansada, y sus brazos comenzaron a acalambrarse. Paró unos momentos para recobrar fuerzas y dejó que su mirada se perdiera en la espesura. Lo tupido de la selva y sus ruidos le recordaron la misma sensación que el mar y sus olas: una interferencia acompañada por un muro que impedía ver más allá. En este caso, el zumbido penetrante de la turba de mosquitos ebrios de su sangre era tan molesto que tenía que terminar la tarea cuanto antes. Sintió la carne ceder y vio las gotas de sangre caer por sus manos. No podía parar ahora que el daño ya estaba hecho. Así que continuó desaforadamente, y consiguió romper el primer precinto, pero todavía quedaban un par más.

Aunque intentó seguir, sus vapuleadas fuerzas menguaron. Apoyó la cabeza en la tierra y cerró los ojos un momento para descansar. Se relajó, intentó dejar de pensar en los mosquitos, y por un momento se quedó dormida. Se vio otra vez en el consultorio, sentada en el sillón de los pacientes mirando a través de la ventana. En vez de los habituales edificios de la ciudad, divisó una arboleda. Fue hasta el ventanal, lo abrió, se paró en el balcón y vio que la arboleda formaba una espesa selva. Espantada, giró hacia